

»lugar ó me deje aquí, porque todo me es igual; pero ¿no
 »sería mejor para mí no tener tanta carga, para que pu-
 »diera respirar un poco bajo la cruz de Nuestro Señor y
 »escribir alguna cosa para su gloria? Sin embargo, oiremos
 »lo que Dios mande; no quiero mas que su gloria, que
 »debe dominar todos mis afectos. Me examino por todas
 »partes para ver si la ancianidad me inclina á la avaricia,
 »y encuentro, por el contrario, que me libra de inquietu-
 »des y me hace abandonar con todo mi corazón y con toda
 »mi alma toda mezquindad, toda prevision mundana y
 »todo temor de necesitarla. Cuanto mas voy envejeciendo
 »mas odioso encuentro al mundo, mas vano é injusto, y
 »mas siente mi alma el deseo ardiente de no estimar otra
 »cosa que el amor de Jesus crucificado, encontrándome
 »tan insensible é los acontecimientos de este mundo, que
 »casi nada es capaz de moverme. Solo la gloria de Dios,
 »manifestada por mi superior el Papa, puede sacarme de
 »Ginebra.» (1)

Por otro lado, el proyecto de la coadjutoría de su her-
 mano Juan Francisco, cuyo concurso le hacia esperar una
 vida menos agitada, marchaba felizmente. Escribia en
 marzo á la Madre Chantal (2): «La coadjutoría está ya de-
 »terminada y pronto se verificará;» y en el mes de mayo
 le participa el nombramiento oficial del coadjutor, y que
 se habian pedido ya las bulas á Roma (3). «Ya teneis á mi
 »hermano Obispo, le dice; esto no me enriquece, es cierto,
 »pero me alivia, y me hace esperar que podré retirarme de
 »los apuros en que vivo, lo cual vale mas que un capelo
 »de cardenal.» Esta era, en efecto, su continua preocupa-
 cion: queria dejar su obispado para vivir en el retiro, de-
 jar sus rentas á su hermano el coadjutor, y no reservarse
 para sí mas que quinientos francos de renta, pretendiendo
 que esto era lo suficiente para alimentarse y vestirse, y
 que lo demás sería supérfluo y valía mas no tenerlo.

(1) Carta DXIX.

(2) Carta DXI.

(3) Carta DXIX.

«La alegría que sentia con la esperanza de su retiro fue
 cruelmente turbada por una noticia que recibió entón-
 ces. Tenia un amigo al que amaba mucho, y este ami-
 go, apostatando de la verdadera fe, se hizo calvinista
 y pasó á Inglaterra. Al saber esta defeccion, su corazón
 se afligió profundamente (1), y lloró amargamente á su
 amigo perdido. «En mi vida, dice, he tenido una sorpresa
 »mas desagradable;» gime por la facilidad que tiene el es-
 píritu humano de estraviarse cuando se sustrae á la autori-
 dad que debe conducirle. «¡Oh vanidad del espíritu hu-
 »mano que confia en sí mismo! ¡Oh! qué vanos son los
 »hombres cuando se creen á sí mismos. Mi amigo, que no
 »encontraba bastante bien probada la autoridad del Papa
 »sobre los cristianos, ha ido á colocarse bajo la autoridad
 »eclesiástica de un rey, cuyo poder no ha autorizado nunca
 »la Escritura sino para las cosas civiles.» Por último, se
 conmueve por la suerte de Inglaterra entera, como se con-
 movió en otro tiempo sabiendo la acogida hecha por Ja-
 cobo I á su *Tratado del amor de Dios*. «Tengo una incli-
 »nacion particular hácia esta grande isla y hácia su rey,
 »escribe, y pido incesantemente su conversion á su divina
 »Magestad con la confianza de que seré escuchado, como
 »lo serán muchas almas que suspiran por esto.» (2)

A la pena de esta defeccion se unió en el alma de este
 santo Obispo otro dolor no menos sensible. Recibió noti-
 cias muy desagradables de la abadía del Sixt, donde á
 fuerza de solicitud, creia haber restablecido el orden y la
 paz. Desde el año 1603, es decir, quince años antes, habia
 intentado hacer entrar en su deber á los religiosos de esta
 casa; en 1604 habia hecho una segunda tentativa, é im-
 puesto constituciones que prescribian la vida comun y la
 obediencia al prior, como ya hemos manifestado en el li-
 bro IV de esta historia; pero estas constituciones fueron
 tan mal observadas, que el público, poniendo en ridículo

(1) Carta DXLII y DXLV.

(2) Carlos Aug., p. 519.

esta reforma, decia que el Obispo no habia sacado de sus dos viajes, mas que el frio de las montañas y sus hielos y nieves: mas el bondadoso Obispo, que no desesperaba nunca de la conversion de nadie, contestaba á las burlas: «Decid lo que querais; hay una buena semilla debajo de esta nieve, y el tiempo de la recoleccion vendrá. El labrador que ve sus campos cubiertos de escarcha, espera con paciencia el fruto de su trabajo, y yo tambien vivo con esa esperanza. Cuando la nieve se haya deshecho haremos la siega. Es preciso trabajar en la obra de Dios al gusto de Dios, y no segun el deseo del hombre. Dios es paciente y misericordioso, nos espera á penitencia; pero el hombre es arrebatado y colérico, y con frecuencia solo es misericordioso consigo mismo.» (1)

Lleno de esperanza, el paciente prelado no cesaba de exhortar con sus cartas á los religiosos del Sixt á la fiel observancia de su regla; y en efecto, á principios de enero de 1618 se determinaron á entregarse á ella, enviándole un compromiso espreso firmado por el capítulo. Francisco, alegre con esta determinacion, se apresuró á espresarles toda su alegría ratificando este acta capitular. «Aprobamos y ratificamos este acta, les escribe el 23 de enero (2), y mandamos que sea observada. Os alabamos, os amamos inmensamente en las entrañas de Jesucristo, y os damos nuestra bendicion paternal.»

Deseoso de aprovecharse de estas bellas disposiciones, fué á hacerles una tercera visita. Una vez allí, como sábio superior que conduce poco á poco á sus inferiores á una perfeccion mas alta, los persuadió á que hiciesen mas aún, aceptando unas constituciones mas estensas y perfectas. «Sabiendo, dice (3), que los venerables canónigos, dóciles á la inspiracion divina, quieren restablecer por entero la observancia regular, decaida y casi estinguida por el cur-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 20 de diciembre.

(2) Carta CCXII.

(3) *Opusc.*, p. 414.

»so del tiempo, queriendo secundar con nuestra autoridad un objeto tan laudable, ordenamos lo que sigue.....»

Luego estableció que todo lo que habia sido ordenado en la última visita fuese observado; que dentro de un año todos los canónigos pronunciarían sus votos, considerándose aquel año como el de probacion; y que en adelante los novicios serían admitidos á la profesion al cabo del año si se reconocían capaces, y despedidos si no eran á propósito, y despues de probados otro año mas si su vocacion era dudosa; que los profesos solo llevarían la muceta, y los novicios la sobrepelliz; que todos los oficios se harían segun los usos de la catedral, y que los sábados el prior determinaría quienes deberían officiar ó hacer alguna ceremonia entre semana; que los canónigos estudiarían la teología y los libros de piedad; que el mas hábil de ellos tendría la clase de los novicios, y exigiría que aprendiesen el catecismo del concilio de Trento; que las mujeres no entrarían nunca en el interior del monasterio; y que la casa mantendría doce canónigos residentes, ó tenidos de derecho por residentes, proporcionándoles los víveres, vestidos y demás cosas necesarias á la vida.

Tales fueron los sabios reglamentos con que Francisco de Sales aseguró el buen orden de la comunidad. Un solo religioso tuvo dificultad en someterse á ellos, atreviéndose hasta á amenazar á su Obispo; pero el hombre de Dios no opuso mas que dulzura á la tempestad, y el religioso rebelde, ganado con esta mansedumbre, reconoció su falta y se hizo uno de los mas regulares.

Durante el tiempo que el santo prelado permaneció en Sixt, ocurrió un hecho muy notable. Habiendo acudido gran número de personas del Faucigny, del Chablais y del país de Gex para conferenciar con el santo Obispo sobre diversos asuntos, fué preciso que la abadía alimentara á todos estos extranjeros, y se contó que habia dado hasta doscientas comidas á personas de distincion y cuarenta á otras de clase mas inferior.

Francisco, afligido con los gastos que ocasionaba á la

casa, dijo á los religiosos que pediria á Dios los indemnizara, y ¡cosa maravillosa! fué tal el efecto de su oracion, que el monasterio no sufrió con ninguno de estos gastos. El rio que lo atraviesa le surtió de tan hermosos peces, que los hombres no recordaban haberlos visto semejantes. No se hizo cocer mas pan que el que se habia preparado para los religiosos, y hubo para todo el mundo; se tomó en el tonel todo el vino que se necesitó y el tonel no disminuyó, como si los religiosos solo hubieran bebido de él: hechos todos que han sido declarados por seis canónigos de la abadía, y depuestos con juramento en el proceso para la beatificacion del siervo de Dios (1). Ya anteriormente el santo Obispo habia hecho en estos paises alguna cosa semejante. Un dia que atravesaba las montañas del Faucigny en los grandes calores del estío, deseó procurar á sus compañeros de viaje algun refrigerio para apagar la sed devoradora que los abrasaba, y pidió vino en una posada que se encontró en el camino.

Habiéndole el posadero contestado que no tenia mas que vino echado á perder, y que haria daño á los que le bebiesen: «No importa, dijo el Obispo, dadme á probar vuestro vino.» El posadero, despues de haberse hecho rogar, trajo un vaso: apenas el hombre de Dios lo acercó á sus labios, cuando no solo el vino que estaba en el vaso, sino aun el que habia en el tonel, se volvió escelente y delicioso. Todos los compañeros de viaje bebieron y llevaron varias botellas, y el posadero en dos dias vendió el resto á un precio muy subido (2).

Desgraciadamente el buen orden que habia producido la observancia exacta de las constituciones dadas en la abadía de Sixt duró poco; vivas contestaciones se levantaron entre el abad y sus religiosos, desterrando estas querellas la caridad y con ella la regularidad. Francisco, así

(1) Dep. de Bernard, Jean, Passis, Biard, Moccand y Desfayes.—Carlos Aug., p. 516.

(2) Carlos Aug., p. 512.

que fué informado de ello, partió al punto con dos hábiles jurisconsultos, y llegado allí, oyó á las dos partes con tanta paciencia y dulzura, que los dispusieron á recibir la sentencia que iba á pronunciar. Pesó las razones de una parte y otra, terminó la diferencia con una sabiduría que satisfizo á todos los espíritus, uniendo los corazones y ahogando hasta el menor gérmen de discordia. Hizo mas aún; ganó de tal suerte la estimacion y afecto del abad Jacobo de Mouxi, que este hizo con él una confesion de muchos años, acompañándola de los mas bellos sentimientos de contricion y de fervor. El santo Obispo se volvió muy consolado, pero apenas llegó á Annecy, llegó un propio para informarle de que el abad estaba gravemente enfermo, y le rogaba fuera á prepararle para la muerte. Con esta noticia parte al punto, á pesar de lo largo del camino que era de dos jornadas de marcha, y de su dificultad, teniendo que atravesar las montañas con hielos y nieves, porque esto sucedia á fines de noviembre.

Así que llegó allí, dispuso al abad para hacer un examen completo de toda su vida, empleando para oírle tres dias, desde el medio dia hasta la noche, y al cuarto, concluida la confesion, aquel buen anciano, que no era mas que diácono, porque no habia querido nunca recibir el sacerdocio, se hizo conducir, revestido de sobrepelliz, á la iglesia, donde oyó la Misa y recibió la comunión de manos del santo Obispo, con un gozo en el que brillaba la paz de la buena conciencia y el gozo de un corazon purificado. Desde este momento pareció enteramente cambiado; se notó en toda su conducta un fervor extraordinario; no quiso ocuparse mas que del cielo; y cuando le hablaban de los negocios de la casa, contestaba que habia puesto su alma y sus bienes en manos del Obispo para que dispusiese enteramente de ellas. Al cabo de diez y ocho dias murió, segun la prediccion que habia hecho el santo prelado en su viaje precedente al dejar la abadía, porque entonces habia dicho el abad de Mouxi, sobrino del enfermo, que procurase que todos los negocios temporales de

su tío estuvieran en orden, porque no debía pasar en este mundo más que dos lunas; y esta profecía, muy contraria á todas las conjeturas y previsiones humanas, se verificó exactamente, porque estaba próximo el fin de la luna de noviembre, y el abad murió el cuarto día de diciembre (1).

CAPITULO IX.

Francisco de Sales recibe la visita del Obispo de Calcedonia, su hermano. Trabajos incesantes del santo Obispo. Reforma de los Bernardinos. Traslacion de las reliquias de San German.

(Año 1621.)

Habiendo recibido Juan Francisco de Sales las bulas de Roma que le nombraban coadjutor de Ginebra con futura sucesion, bajo el título de Obispo de Calcedonia, se hizo consagrar en Turin el 17 de enero de 1621, y partió pocos días después para dirigirse á Annecy. Francisco, queriendo honrar el carácter episcopal en la persona del nuevo Obispo, fue á recibirle con gran pompa á las puertas de la ciudad, á pesar de estar muy avanzada la noche, y los días siguientes le rodeó de todos los testimonios de su veneracion, le hizo celebrar de pontifical en su presencia, y le cedió en todas partes el primer lugar. Le hicieron ver que iba demasiado lejos y que se ocultaba demasiado, siendo él el primero. «Es preciso, contestó sonriendo, que mi hermano se haga grande y yo pequeño. *Oportet illum crescere, me autem minui*. Es preciso que él «obre y yo descansa.» Y repitió estas palabras al mismo Obispo de Calcedonia. «Nunca, le dijo, he pedido ni hecho pedir al Duque de Saboya la gracia de teneros por «mi brazo derecho. Solo la voluntad y providencia de «Dios es la que os ha elevado á esta dignidad; doy gracias

(1) Dep. del abad de Mouxi, su sobrino, que estaba presente, del abad Lagay, de París, de Desfayes, etc.—Carlos Aug., p. 546 y 547.

«por ello á la divina Misericordia, pues espero que tomareis el oficio de Marta y me dejareis el de María.» (1)

El Obispo de Calcedonia no pudo permanecer mucho tiempo con su santo hermano; sus funciones de primer limosnero de la Princesa del Piamonte le llamaban á la corte, y partió para Turin al cabo de tres días, dejando al Obispo de Ginebra abrumado de trabajo. Aquí se revela un hecho bien notable, y es que, entre tantas ocupaciones diversas, el santo prelado, aunque según su expresión tenía *la cabeza llena de negocios y de varias ocupaciones* (2), no disminuía nada de su union con Dios y de la perfección de su recogimiento. «¡Qué contento estaba esta mañana, escribe el 24 de agosto á la Madre Chantal (3), «de encontrar á un Dios tan grande, que no podía siquiera imaginar su grandeza! Pero ya que no puedo exaltarla «y engrandecerla, quiero al menos anunciar su grandeza «é inmensidad. Ocultemos dulcemente nuestra pequeñez «en esta grandeza, y como un polluelo cubierto con las «alas de su madre permanece en seguridad y caliente, «descansemos nuestros corazones en la dulce y amorosa «providencia de Nuestro Señor, y abriguémonos bajo su «perfección.»

Había á dos kilómetros de Annecy una abadía llamada de Santa Catalina, ocupada por religiosas de la Orden de San Bernardo. Estas religiosas, que participaban del espíritu del mundo, aumentaron las solicitudes en el corazón del santo Obispo, el cual, no encontrando que sirviesen á Dios á su gusto, emprendió su reforma (4). Para eso fue á visitar varias veces el monasterio, y á hacer en él exhortaciones llenas de fuerza y de dulzura, en las cuales se aplicaba á hacer resaltar por un lado el desorden y la ver-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 22 de abril.—Carlos Aug., p. 550.

(2) Carta DLV.

(3) Carta DLXXII.

(4) Todo lo que tiene relacion con esta reforma lo hemos sacado de la vida de la Madre Ballon, fundadora y primera superiora de las Bernardinas reformadas, por el P. Juan de Crasni, sacerdote del Oratorio.